

PAPIRO

Día 25

Carita de ángel

Luxor – Egipto.

Sofía despertó de golpe, sobresaltada. Miró el reloj: eran pasadas las 11 de la mañana. El cansancio acumulado de días anteriores la había vencido. Sin embargo, al darse cuenta de que Daryl no había acudido, se levantó apurada para ducharse.

—Daryl no cumplió su promesa —murmuraba mientras el agua recorría su piel.

—No llegó —se justificaba, echándole la culpa, pero en el fondo sabía que era ella la que debía ir a Nueva York. Su vida ahora le pertenecía a Hathor y su misión apenas comenzaba. Entendió, en ese momento, que debía sacrificarse.

Se vistió y, sin desayunar, se dirigió a la habitación de Celia.

Antes de entrar, vio que abajo, en el restaurante, arreglaban el desorden del día anterior. Aunque no sabía qué había sucedido, imaginó que tenía que ver con Daryl. Ya no esperó más y tocó a la puerta. Escuchó algunos gemidos ahogados, imposibles de identificar. Volvió a tocar, y, cuando oyó que algo caía al suelo, se preocupó.

Llamó al encargado y rápidamente abrieron. Al verlo de espaldas, atado a una silla, Sofía enmudeció y sin poder evitarlo soltó un grito desgarrador que se escuchó hasta el pasillo. Corrió a auxiliarlo y, cuando le aflojó la pañoleta que lo amordazaba, un delgado hilo de sangre brotó de la boca de Daryl mientras musitaba: —Se llevaron todo.

Sofía le quitó las cuerdas que lo maniataban:

—No hables, te lastimas —murmuró.

Daryl logró zafar las manos y trató de levantarse, pero sus piernas lo traicionaron. Alcanzó a abrazarla antes de caer inconsciente. Ella apenas lo sostuvo y lo arrastró a la cama. Lo recostó y fue por una toalla. La humedeció y, cuando le limpiaba el rostro, vio una mancha en la almohada; lo volteó despacio y, al ver su cabello lleno de sangre, exclamó asustada: —¡Daryl!

Él abrió los ojos, dijo “Ouch” y se llevó la mano a la nuca.

—Llamaré al médico —afirmó ella.

Daryl la tomó del brazo y exclamó:

—¡No!

Sofía se sentó en la cama, junto a él; lo miraba sin saber qué hacer. Daryl le indicó que se acercara y le musitó al oído:

—En un rato nos vamos.

En ese momento, Amy y Max llegaban al restaurante del hotel. El mesero, al ver que se aproximaban, les dijo:

—Lo siento, no hay servicio.

Desconcertados por la negativa, voltearon a verse y Max sugirió:

—Vayamos enfrente.

Salieron y se dirigieron a las mesas de los cafés que, instalados a la orilla de la avenida, ofrecían canapés, galletas y algunos bocadillos.

—¿Y Mary? —preguntó Amy.

—Salió temprano a Karnak —dijo él.

—¿No lo conoce?

—Solo a través de los libros, pero como lingüista siempre ha querido leer los verdaderos jeroglíficos del Gran Obelisco.

—Ah.

—Apurémonos, mi padre está enfermo —dijo Max.

Amy se quedó sin habla. Este joven no era el mismo. Se veía más preocupado que antes y no lograba interesarlo en ella.

—¿Te molestó lo de ayer? —le preguntó.

—¿Lo de mi padre?

—Todo —aclaró ella.

—Sí. Me preocupa él.

—De acuerdo, vayamos a verlo.

Se levantaron y comenzaron a caminar. Al cruzar la avenida, se encontraron con Sofía y Daryl, quienes salían del hotel. Daryl inclinaba el cuerpo en cada paso que daba y se veía desaliñado.

—¡Daryl! —exclamó Amy.

—¿Ya liberaron a mi padre?

—Sí, ayer —contestó él.

—¿Quién lo tenía cautivo? —preguntó Sofía.

—Ya no importa —dijo Amy, contenta.

—Lo bueno es que está a salvo —añadió.

Y, en un impulso, similar al que tuvo cuando él le salvó la vida en Karnak, lo abrazó y lo besó en la mejilla repetidas veces.

Daryl se sorprendió. Ella aún tenía esa chispa que lo había seducido cuando la conoció, y dijo:

—Es un placer —y tomó de la mano a Sofía, quien la veía con suspicacia y murmuraba mientras se alejaban:

—Carita de ángel... a mí no me engañas.

Max volteó a ver a Amy y le preguntó:

—¿Fue tu novio?

—Mi compañero de expedición —aclaró ella, esbozando su estudiada sonrisa.

Amy se percató de que Max volvía a interesarse en ella, y pensó: “Aunque no es el mejor momento... el amor no espera”, y lo estrechó de la mano. Max la abrazó y continuaron su camino rumbo a la tumba de Sermy. Era un noviazgo inefable, más sentido que dicho, que fluía entre risas y silencios.

Para Max, Amy era un ángel terrenal y su cara... su carita... lo tenía embelesado.

¡A la Vista de Todos!

Valle de los Reyes – Egipto.

Mientras tanto, en la cámara sepulcral los trabajadores luchaban por eliminar el polvo que cubría las paredes y el suelo. Toda la noche, liderados por Nafir, limpiaron cuidadosamente cada objeto que encontraron. No tenían tiempo de catalogarlos. La búsqueda del papiro medicinal era su prioridad. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, había sido infructuosa.

—Algo no encaja —comentó Nafir en voz alta mientras recorría con la mirada las paredes.

Aún no había empezado a leer los jeroglíficos. Su obsesión era hallar fragmentos o pedazos de papiro, pero nadie había encontrado ni uno solo. Esto lo desconcertaba: “¿Habría sido todo en vano?”, se preguntaba a ratos, estrujando su desordenado cabello; un recordatorio del caos que reinaba en su mente.

La escena del día anterior no lo abandonaba. Temía que sus hijos se involucraran sentimentalmente. Se culpaba por no aclarar la situación. Pero sabía que si lo hacía, los perdería. Se dobló una vez más; la punzada no lo dejaba en paz. El dolor físico era insoportable, pero no tanto como su dolor de padre, que lo lastimaba inescrutablemente.

Amy y Max entraron a la cámara y se acercaron a él. Casi al unísono, preguntaron:

—¿Podemos ayudar?

Su semblante cambió al escucharlos. Volteó y, al verlos tomados de la mano, se quedó pasmado por unos segundos, antes de sobreponerse. Sus labios temblaban al decir:

—No es necesario —murmuró apenas. Sus piernas flaqueaban. Estaba por desfallecer.

Amy, al ver a Nafir debilitado, se separó de Max y le preguntó:

—¿Sigues con fiebre?

—A ratos; se va y vuelve —contestó él.

—¿Ya encontraron el papiro? —preguntó su hijo.

—Aún no.

—¿Ni un fragmento? —preguntó Amy.

Nafir negó con la cabeza y se frotó las manos, como invocando a lo desconocido para que mágicamente le entregara la respuesta que buscaba...

En ese momento Mary entró a la cámara con el rostro iluminado. La visita a Karnak la había revitalizado, no solo por la belleza de sus templos, sino también por la atención personalizada del Servicio de Antigüedades. Sin que le preguntaran, exclamó:

—¡Qué hermoso es Karnak!

—¿Leíste los jeroglíficos del Gran Obelisco? —preguntó su hijo.

—No solo eso. Casi me desmayo cuando vi los hermosos pilares heráldicos de 6.77 metros de altura —añadió Mary.

—Ouch —se quejó Nafir, llevándose la mano al estómago. Se esforzaba por mantenerse erguido y musitó: —Por favor... continúa.

Mary volteó a ver a su hijo, quien asintió con la cabeza, indicándole que siguiera.

—Están contruidos en granito rojo —dijo ella, y agregó:

—Es increíble ver el grabado de las flores de loto y papiro en la piedra y...

—¿Cómo dijiste? —la interrumpió Nafir abruptamente, sin razón aparente. Los demás se extrañaron. Quizá sus dolencias eran más fuertes de lo que pensaban. Mary se le quedó viendo... hizo una pausa y contestó:

—Que están contruidos en granito rojo.

—¿El grabado de qué? —preguntó Nafir, agitando las manos con ansiedad, en esa respuesta podría desvelarse la clave...

—De las flores de loto y papiro —repitió Mary después de una larga pausa a la que le siguió un silencio abrumador hasta que Nafir alzó los brazos. La alegría que le causó la respuesta aligeró su dolor. La mueca desapareció de su rostro cuando afirmó:

—Sí, eso es...

—Son las flores emblemáticas del Bajo y Alto Egipto —añadió.

Todos voltearon a verlo y, despacio, se acercaron a él. Parecía que había perdido la razón. Sus ojos aún tenían el brillo de la lucidez, pero sus palabras eran las de alguien que deliraba por la fiebre.

—Está muy claro... la piedra... las flores... el granito... —balbuceó.

—¿A qué te refieres? —preguntó Amy.

—¿Por qué no lo vi antes? —dijo Nafir, y comenzó a carcajearse.

—Padre, ¿estás bien? —preguntó Max.

Todos guardaron silencio. El colapso parecía inminente. Lo rodearon esperando sostenerlo cuando cayera.

—Sermy tenía razón —añadió mientras miraba hacia arriba y a los lados.

Al verlo tan desubicado, dejaron de hacer lo que estaban haciendo. Se miraron entre sí, tratando de entender. Hubo un silencio que pareció eterno, hasta que les dijo:

—Está en el mejor lugar.

Amy lo abrazó, y exclamó:

—¡Behka!

Los demás los miraban extrañados. Solo ellos se entendían.

Abdul, esperando indicaciones, preguntó:

—¿Y ahora qué haremos, doctor?

—Gracias, Abdul. Ya hiciste demasiado —contestó Nafir.

—Ahora nos toca a nosotros leer los jeroglíficos.

—¿Y dónde están los fragmentos? —preguntó Abdul.

—**¡A la vista de todos!** —exclamó Nafir.

—En el techo y las paredes—, murmuró y se desplomó.

Sus hijos lo recostaron y le limpiaron el rostro. La fiebre lo consumía. Pidieron agua para humedecer un trapo y frotárselo en la frente.

Después de un momento, Nafir abrió los ojos y con voz entrecortada les pidió:

—Llamen... a Mary.

Una vez que Mary llegó, Nafir les dijo:

—Necesito su ayuda. Urge encontrar el antídoto y hay mucho por leer. Escojan una pared para iniciar la búsqueda. Yo leeré los jeroglíficos del techo.

Los tres se quedaron boquiabiertos. Era una tarea difícil que implicaba una gran responsabilidad. Se miraban entre sí, dudando de lo que acababan de escuchar, hasta que Max afirmó:

—Yo no sé jeroglíficos.

—Busca los dibujos de las partes del Ojo de Horus. Amy te dirá cuáles —le encargó Nafir.

Amy sacó su cuadernillo de notas, dibujó cada uno de los jeroglíficos, se los mostró a Max, y le aclaró: —Revisa sólo estos:

◀, ○, ~, ▶, ∞, †

Ya se disponían a iniciar la lectura cuando Nafir dijo:

—Mary, espera un momento...

Mary se sentó a su lado y le tocó la frente. La fiebre no cedía. Le acomodó la toalla húmeda y lo tomó de la mano, esperando sus palabras.

—Lo que pasó antes... quiero que sepas algo — musitó él.

—No te preocupes ahorita por eso —dijo ella.

—Pero es... muy... impor... tante —balbuceó Nafir.

—¿Por qué? —preguntó ella, intrigada.

—Amy... ella es mi hi..ja —contestó Nafir antes de desmayarse.

Mary le soltó el brazo, se levantó y lo dejó a solas. La frustración acumulada durante años ensombreció su rostro; ya no pudo contenerse y empezó a sollozar. Buscó un vaso de agua. Necesitaba tomar su medicamento; los nervios la traicionaban. Nunca se imaginó que Nafir le hubiera sido infiel.

Max volteó a verlos. Su madre lloraba y su padre yacía inmóvil. Temiendo lo peor, corrió a su lado, exclamando:

—¡Padre!

Las lágrimas resbalaron por su rostro. Así celebraba, lleno de tristeza, su peor cumpleaños.

—Aún vive —musitó Mary mientras se acercaba a su hijo para abrazarlo.

Era un hecho difícil de aceptar, pero los tres sufrían más ahora que estaban juntos que durante todos los años que estuvieron separados. Su moral estaba por los suelos. Aun así, Mary se esforzaba por sobreponerse y apoyar a su hijo.

—Ve a hacer lo que te pidió —le dijo.

Max, obligado por el deber, continuó buscando los dibujos de las partes del Ojo de Horus. No había tiempo que perder. Era imperativo encontrar el antídoto...

Mary se quedó al lado de Nafir, esperando a que volviera en sí, y escuchó que murmuraba:
—El nacimiento... el dogma.

Esto le preocupó aún más. Después de años de ausencia, desconocía todo sobre su trabajo.

Amy se aproximó a ella y le preguntó:

—¿Cómo sigue?

—No mejora; dice incoherencias.

—¿Incoherencias?

—Dice algo sobre un dogma —aclaró Mary.

—No es una incoherencia. Habla del dogma del nacimiento de Cristo y lo que realmente ocurrió en esa fecha.

—¿Y qué sucedió?

—Él lo sabe y busca la evidencia para corroborarlo.

—¿Aquí?

—Sí. Necesita encontrar el antecedente del Papiro Ebers, según el cual un acontecimiento similar ocurrió en el noveno año del reinado de Amenhotep I. Fue entonces cuando Sirio, la estrella más brillante del horizonte, inició otro ciclo sotíaco de 1460 años —afirmó Amy con certeza—. Es todo lo que sé —añadió y se reintegró a la búsqueda.

La fiebre continuó debilitando a Nafir durante horas. Su mente agotada divagaba, repitiendo las mismas palabras. Los jeroglíficos se habían convertido en su única esperanza, pero la capa de polvo en las paredes complicaba la labor.

—¡Encontré algo! —gritó Max.

Amy corrió hacia él y empezó a leer con dificultad lo escrito en la pared. A pesar del polvo, pudo traducir las primeras líneas:

Remedio para eliminar las sustancias indeseables que están en el interior del cuerpo y en el corazón; espigas de cereal, 1/16 parte; valeriana, 1/8 parte; ocre 1/64 parte; miel ½ parte...

Leyó, al final de las columnas, la manera de prepararlo:

Será mezclado formando una masa homogénea que se comerá antes de acostarse.

En la pared había muchas más líneas por leer, pero embelesada, solo releyó las primeras, varias veces, repitiéndolas en voz alta, como si fueran un conjuro mágico que, a base de invocaciones, concedería sus deseos.

—... Es una conjetura no un hecho —dijo Nafir, delirando.

—¿Qué dices? —preguntó Mary, confundida.

—Celia, eso es una conjetura, no un hecho —repitió Nafir, evidentemente atrapado en otro momento de su vida y con otra persona. La fiebre lo hacía delirar.

Al oír las palabras que Amy había leído en voz alta, se transportó al pasado, repitiendo la misma frase una y otra vez. Sus hijos se acercaron, apenas llegando a escuchar lo último.

—¿Qué conjetura? —preguntó Amy, intrigada.

—Los papiros y su contenido —contestó Nafir débilmente mientras abría los ojos y trataba de incorporarse.

—No te levantes —le dijo Mary y lo volvió a recostar.

—Deja que hable —intervino Amy, ansiosa por entender.

—El remedio que Celia me leyó, el que está escrito en el Papiro Ebers —dijo él.

—No fue Celia, fue Amy —lo corrigió su hijo con suavidad.

Nafir abrió completamente los ojos y, en un momento de claridad, preguntó:

—¿Lo encontraron?

—Sólo esto —respondió Amy, repitiendo la receta.

—¡Es lo mismo! —exclamó Nafir, emocionado.

—Está en ambos papiros —añadió.

La conjetura se había demostrado: el contenido del Papiro Sermey se usó como antecedente para escribir el Papiro Ebers.

Amy comprendió las implicaciones y le dijo a Max.

—Anota los ingredientes mientras yo traduzco el resto de las líneas.


Ambos caminaron hacia la pared donde estaba inscrito el remedio. Al concluir la lectura, Amy lo apremió:

—Consíguelos. Los necesito para preparar el antídoto.

Max salió apresuradamente de la tumba. Buscó un medio de transporte y lo único que encontró a la mano fue una motocicleta.

La encendió, se secó las lágrimas y, dejando atrás la tristeza de su peor cumpleaños, se dirigió raudo hacia el poblado más cercano.

El destino lo retaba a probar su destreza y salvar a su padre... Aunque el deber lo alentaba a llegar a tiempo, era su orgullo el que le gritaba desde adentro, diciéndole que había elegido correctamente su profesión. Era ahora o nunca.

Mientras tanto, Amy seguía inmersa en la lectura de las inscripciones en las paredes. Una sonrisa de orgullo se dibujó en su rostro al descubrir otro remedio, justo debajo del jeroglífico .

Su promesa no había sido en vano; su padre, Ferdý, tendría el antídoto y ella conseguiría el reconocimiento que tanto anhelaba.

Recordó las palabras de Nafir acerca de la importancia del papiro para hallar el origen del dogma y, llena de determinación, comenzó a buscar la evidencia. La perspectiva de encontrarla, reavivó su entusiasmo.

Mary se acercó a Nafir, queriendo aprovechar su momento de lucidez. Temía que él pudiera morir sin conocer la verdad.

—No te preocupes por ellos —le aseguró.

Nafir la miró. El rostro de Mary mostraba fatiga y, a la vez, una tranquilidad que él nunca había visto antes.

—Pero son hermanos —aseveró él.

—¿Entiendes lo grave que es? —añadió casi sin fuerzas.

Ella tomó ambas manos de Nafir y se inclinó para susurrarle al oído:

—No. No lo son.

Nafir apartó sus manos y exclamó:

—¡¿Por qué?!

—Recuerda... tienen la misma edad —dijo Mary.

Los nervios terminaron por traicionarla. Se levantó y tomó su medicamento. Sintió que se asfixiaba y caminó agitada hacia la salida de la tumba. Su rostro, antes sereno, reflejaba una gran ansiedad. Le urgía liberarse de todo y se dirigió apresuradamente a Karnak. No podía faltar a su cita.

Nafir se quedó solo, luchando entre la vida y la muerte...

En ese momento Max recorría las calles del poblado buscando los ingredientes para el antídoto. Aunque se detenía en cada comercio a su paso, no lograba conseguirlos. Su desesperación aumentaba a medida que pasaban los minutos, pero finalmente lo logró y rápidamente regresó.

Amy seguía en la tumba. Max le entregó lo solicitado y ella preparó el antídoto siguiendo las instrucciones de los jeroglíficos. Con cuidado, le administraron una dosis a Nafir y esperaron...

Poco después, al observar que Nafir comenzaba a reaccionar, se abrazaron jubilosos. Sin embargo, su entusiasmo fue efímero. Nafir se desvaneció enseguida.

Los dos se miraron desconcertados. La realidad azotó sus rostros, recordándoles que aún quedaban enigmas sin resolver y asuntos por concluir.

¿Fue todo en vano? Parecían preguntarse en silencio mientras se tomaban de las manos, esperando por un milagro.

—Ough —se quejó Nafir, entreabriendo los ojos mientras un delgado hilo de espuma se deslizaba entre sus labios.

¡Libre!

Karnak – Egipto.

Después de buscar por todo el complejo, Burn se convenció de que Sofía lo había burlado y que su guardaespaldas había fracasado en las dos encomiendas: eliminar a Daryl y secuestrar a Celia.

Le urgía encontrar una sustituta y continuar con los preparativos de la iniciación. Se dirigió al templo de Jonsu y encendió el incienso para orar y pedirle a Hathor por una compañera que lo ayudara a extender su doctrina por todo el mundo. Pero no podía ser cualquier mujer, debía tener las cualidades para hacerlo. Recordó lo que le contestó a Amy cuando ella le preguntó: —¿Por qué yo?

—Los sagrados escritos deben llevarse a la práctica para revivir las antiguas enseñanzas de Egipto. A diferencia de otras religiones, las virtudes de una mujer joven, extranjera y conocedora de nuestra historia son ideales para el adoctrinamiento, la enseñanza y su difusión por el mundo.

Sin embargo, dadas las circunstancias, le bastaba con que la compañera que Hathor le enviara cumpliera con dos de las tres cualidades.

La emoción lo embargó cuando vio que Mary entró al templo. Se habían conocido ese día, temprano, cuando ella leía los jeroglíficos del Gran Obelisco y él se ofreció a ser su guía. Vestía como se la imaginó; pudorosa, sencilla y sin adornos, pero le bastó su amplia sonrisa para saber que ella era la elegida: extranjera, preparada y, sobre todo, de edad madura. Los jóvenes lo habían desilusionado. No comprendieron el alcance de su proyecto.

Se acercó a ella, la invitó a pasar al altar, y le dijo:

—Colócate la máscara.

—¿Esta? —susurró, temblando de emoción.

—Sí. La máscara de oro de la reina Satdjehuty, abuela de Amenhotep I —afirmó él y, mientras le ayudaba a colocársela sobre el rostro, aclaró:

—La máscara te conecta con la línea divina. Hathor estará complacida. Ella trae la alegría a quienes aceptan su guía.

—¿Y ahora? —preguntó Mary.

—Voy a preparar los aceites.

—¿Para qué?

—Como te lo expliqué en la mañana. Tienes las virtudes para ser la primera en llevar las enseñanzas del Antiguo Egipto a tu país —dijo él mientras le colocaba la túnica de tisú con hilos de oro y la ayudaba a recitar.

—Es un ritual de iniciación. Cuando regreses a Boston podrás officiar misa y adorar a la diosa Hathor —añadió.

Ella accedió y se dejó llevar. Siempre había deseado ser la primera en algo. Él le quitó la túnica y la invitó a tomar el baño de purificación.

Mary se desnudó y, a solas, se sumergió en el baño de purificación. Mientras Burn se alejaba por los aceites, ella cerró los ojos, respiró hondo y dio gracias a Dios por esa oportunidad. Poco después, se ungió con aceite caliente de la cabeza a los pies y cruzó los brazos para recitar los sagrados escritos, finalizando así el ritual.

Una nueva sacerdotisa había nacido ese día en Karnak, después de miles de años de espera.

Se vistió y se llevó las manos al rostro; aún no lo podía creer. La experiencia le había revelado su verdadera naturaleza. Ahora podría satisfacer su propio interés, sacrificado tanto tiempo al dedicarse solo a su hijo: estudiar la antigua civilización de Egipto. "¿Y quién mejor que Burn para enseñarme todo?", pensó.

El nuevo funcionario del Servicio de Antigüedades sabía cómo complacer a los visitantes e imponer su voluntad.

—Tienes un propósito ahora, Mary. Un propósito que pocos entienden —dijo Burn, su voz suave era como el incienso que llenaba el aire. Pero sus ojos, fijos en ella, delataban una intención más fría.

Mary respiró hondo y se liberó de toda la ansiedad, llenando su espíritu de calma. Sacó de entre su ropa el resto del medicamento y lo arrojó a la basura. Confiaba plenamente en Burn y le emocionaba sentirse... ¡libre!

El porvenir que se abría ante ella prometía ser emocionante, lleno de aprendizaje y descubrimientos. Aunque estaba nerviosa por dejar atrás todo lo que conocía, sentía que esta oportunidad era única y no debía desperdiciarla.

"Viajar sin ataduras es mejor... pero hace falta coraje", pensó Mary, ignorando el destello de frialdad en los ojos de Burn mientras la conducía a su *nueva vida*.

El Último Dogma

Valle de los Reyes – Egipto.

Mientras tanto, Nafir sucumbía nuevamente al impulso de vomitar. La poción empezaba a surtir efecto en su debilitado cuerpo, pero la fiebre se resistía a ceder. Max, con manos cuidadosas, limpió su rostro y entrelazó sus dedos con los de él. Simultáneamente, Amy le administró una dosis adicional del antídoto.

La piel de Nafir, de un azul pálido, contrastaba con sus ojos rojos. Las venas alrededor de sus sienes parecían estar a punto de romperse. La debilidad hacía que su cuerpo buscara el suelo sin encontrar sostén.

Amy, consternada, lo acunó contra su pecho con ternura maternal. Deslizó su brazo derecho detrás de los hombros de Nafir para levantar su espalda y acomodarlo entre sus piernas, mientras que con la otra mano lo ajustaba en su regazo, dejando su palma izquierda abierta, señalando hacia arriba, en un gesto silencioso de súplica.

La escena, contemplada desde el frente, evocaba la emotiva figura de La Piedad, la obra maestra esculpida por Miguel Ángel. Sin embargo, en este caso, no era la Virgen María quien sostenía a su hijo muerto, sino Amy, manteniendo a su verdadero padre en su regazo, aún aferrado a la vida.

Max los observó y, titubeando, preguntó:

—¿Qué haremos si no mejora?

—Preparamos otro remedio —respondió Amy.

—¿Cuál?

Después de recostar a Nafir y acomodarlo boca arriba, Amy se dirigió a la pared donde había encontrado el jeroglífico $\overline{\text{T}}$, símbolo de la Casa de la Vida, y leyó la inscripción en voz alta:

—Remedio para eliminar sustancias indeseables del cuerpo: higos, 1/8 parte; flores de nomeolvides, 1/8 parte; uvas, 1/16 parte; alcaravea, 1/64 parte; resina de acanto, 1/32 parte; agua salada, 1/64 parte; menta, 1/32 parte; frijoles tiernos, 1/8 parte; cerveza dulce, a discreción. Mantener húmedo y tomar por 4 días.

Max se acercó a la inscripción y le pidió que repitiera el remedio. Después de tomar nota, se dirigió hacia Nafir. Se inclinó, le besó la frente y le dijo: —Te quiero... Taruf—. Acto seguido, se levantó y se encaminó hacia la salida.

—¿A dónde vas? —preguntó Amy.

—A buscar los ingredientes. No puedo esperar —respondió Max, visiblemente alterado. Sudaba en exceso al encender la motocicleta y, en un gesto inusual, aceleró al máximo y salió disparado...

Amy continuaba recorriendo las inscripciones de las paredes, sus dedos rozaban la piedra con la devoción de quien busca respuestas en el tiempo. Un chirrido cortó el silencio, luego otro, y, finalmente, un estruendo —como de metal doblado contra roca— sacudió la cámara. Su instinto le decía que Max estaba en peligro, que corriera hacia él, pero no lo hizo. Algo más fuerte la retenía, algo más grande que la urgencia inmediata: el hallazgo del último y el primero de los dogmas.

A espaldas de ella, Nafir gemía en la penumbra. Ajeno al caos, su mundo se reducía al ardor abrasador de la fiebre. Su mente, atrapada entre el delirio y el sueño, vagaba por senderos inciertos, hasta que un punzante latido en sus sienes lo regresó a la realidad. Jadeante, abrió los ojos.

Lo que vio en el techo de la cámara lo sacudió hasta los huesos.

Allí estaban.

Esperándolo.

Los nueve jeroglíficos dispuestos en tríadas brillaban con un fulgor inhumano, como si la fiebre misma les hubiera infundido vida. Pero uno en especial le llamó la atención. Era bello, perfecto, supremo.



La estrella Sirio, la estrella de Belén para algunos, lo cautivó. Y en ese instante lo supo. No era solo un astro lejano, ni un simple presagio celeste. Era un vínculo divino, un rastro antiguo que cruzaba los siglos, como si siempre hubiera estado allí, guiando a quienes buscaran comprender.

El mensaje era claro.

La estrella de la resurrección y la vida siempre había sido la misma. Había brillado en otros tiempos, en otras civilizaciones, encubierto en la mitología y los Sagrados Escritos de Horus. Creando un puente entre Horus y Cristo, entre Egipto y Belén, entre ciencia y mito.

Él, el racionalista, la había encontrado. Pero... ¿acaso era la primera vez?

—La... **está a la vista de todos, pero oculta de los profanos** —murmuró. Sus labios dibujaron una leve sonrisa, como si su mente se entregara a una certeza absoluta.

Amy lo observó entonces, y aunque su pecho se oprimió, no vio en él angustia, sino paz espiritual.

Nafir había hallado la evidencia. Su búsqueda había terminado.

Sermy, el profeta, no solo dejó un rastro sobre el papiro: encendió una llama que ardería a través del tiempo, iluminando el camino de quienes se atrevieran a buscar la **verdad**.

Una verdad que, quizá, no había comenzado hace dos mil años, sino mucho, mucho antes.

Fin.

Fernando Perales